

## **Narrativa y paranoia en Venezuela**

Vicente Lecuna  
Universidad Central de Venezuela  
vicentelecuna66@yahoo.com

### **Resumen**

Una fuerte y larga tradición de la literatura del llamado tercer mundo supone la alegoría nacional como forma esencial de lectura (Jameson, 1986). En el caso de la literatura latinoamericana, esta tradición es particularmente notable en las novelas de finales del siglo XIX y comienzos del XX (Sommer, 1991). En la actualidad reaparece con particular vigor tanto en la literatura venezolana como en otros discursos culturales y políticos. Una de las coordenadas específicas de esta versión local de la alegoría nacional es el uso de la enfermedad como metáfora que implica la descalificación del oponente político (Duno, 2009-2010), al asociar enfermedad con anormalidad y con la necesidad de curar el cuerpo social. Me propongo revisar algunos textos de Alberto Barrera Tyszka (*La enfermedad*, 2006 y *Crímenes*, 2009) con el propósito de mostrar las severísimas limitaciones de esta tradición de lectura e intentar una lectura que se aleje de la forma alegórica.

**Palabras claves:** alegoría nacional, literatura venezolana, enfermedad.

### **Abstract**

There is in the literature of the so-called Third World a long and sturdy tradition which postulates that the national allegory is an essential form of reading (Jameson, 1986). In the case of Latin American literature, this tradition is particularly significant in novels published at the end of the 19th century and the beginning of the 20th century (Sommer, 1991). Today it has reappeared rather vigorously both in Venezuelan literature and in other cultural and political discourses. One of the specific coordinates of the local version of the national allegory is the use of illness as a metaphor which suggests the disqualification of the political opponent (Duno, 2009), since it

associates illness with abnormality and with the need to heal the social body. I shall look closely at some texts by Alberto Barrera Tyszka (*La enfermedad*, 2006 y *Crímenes*, 2009) in order to show the very severe limitations of this tradition of reading and to attempt a reading which is not allegorical.

**Key words:** national allegory, Venezuelan literature, illness.

*En memoria de Yulimar Reyes, estudiante de Letras de la UCV y activista, que fue asesinada hace 23 años, en el Caracazo, el 27 de febrero de 1989.*

La escritura de las grandes planicies de mi país natal siempre fue la del verano: la naturaleza dominada por la luz, el viento, el fuego, las faenas heroicas del pastoreo, en fin, la pintura triunfante de un hombre a caballo librando una lucha titánica contra la inclemencia de lo lejano.

Igor Barreto. *El llano ciego*.

Si todo sale bien, quisiera tener la fortuna de poder proponerles en apenas unos minutos que buena parte de la narrativa venezolana reciente, digamos que la que se viene publicando en los últimos 10 o 15 años y que supone una especie de *boom* editorial, en especial en el caso de la novela, se ha empeñado con particular entusiasmo en demostrar una tendencia que no hace sino corroborar la conocida y polémica y también muy dudosa tesis de Fredric Jameson sobre la alegoría nacional y la literatura del tercer mundo. Al examinar las publicaciones de este periodo, de seguro uno encontrará muchas otras variables. Sin embargo, esta particularidad que digo aparece con fuerza en los congresos, en el comentario de la crítica y también en el lugar privilegiado de las vitrinas de las librerías. En las I Jornadas Internacionales de Literatura Venezolana Contemporánea que se celebraron en la USB hace casi un año, por ejemplo, se dedicaron tres mesas al tema “Ficciones históricas y escrituras de la memoria”. Y si a esto le sumamos otras tres mesas dedicadas al tema “Narrativa venezolana: lecturas y perspectivas”, que también recoge trabajos de

especialistas que rondan el asunto nacional, podemos tener alguna medida del interés de la tendencia que quiero señalar. Solamente el tema “Escritura de mujeres y representación de lo femenino” también supuso tres mesas. De resto, los otros temas del evento convocaron el interés de menos especialistas, si de ponernos a contar mesas se trata. Perdón que insista en esto que a primera vista parece secundario, pero es que otros temas, como “Literatura urbana”, por ejemplo, que uno supondría muy concurrido, no suscitaban ánimos equivalentes.

Lo mismo o algo muy parecido puede decirse en el caso del I Congreso Crítico de Narrativa Venezolana celebrado en noviembre de 2009 en Porlamar, auspiciado por el Instituto de Investigaciones Literarias de la UCV, al igual que el X Encuentro de Investigadores de Literatura Venezolana y Latinoamericana que se reunió en junio del año pasado en Mérida, auspiciado por el Instituto de Investigaciones Literarias Gonzalo Picón Febres. En todo ellos, los especialistas han llevado varias ponencias que revisan los trabajos de varios escritores que tienen hoy en día en su agenda el tema de la alegoría nacional, es decir, de novelas y cuentos que hablan figuradamente de la nación, de alguna manera, así como relecturas de algunos escritores que en periodos anteriores han hecho énfasis en el mismo asunto. Entre los autores tratados en estos eventos predominan Federico Vegas y Francisco Suniaga, que también ocupan espacios importantes en las vitrinas de las librerías y en los textos de la crítica especializada. Además de ellos, también podemos mencionar otros escritores que gravitan en torno a la alegoría nacional, o asuntos muy cercanos a ella, como Juan Carlos Méndez Guédez, Denzil Romero, Francisco Herrera Luque, Ana Teresa Torres, Miguel Gomes, Ítalo Tedesco, Michael Ascencio, Israel Centeno, Isaac Chocrón, Héctor Bujanda, Gabriel Jiménez Emán, Fedosy Santaella, José Pulido, David Alizo, José Balza, Eduardo Liendo, Carmen Vincenti, Luis Barrera Linares, Ibsen Martínez, Gustavo Valle y Gisela Kozak. Quisiera agregar que le debo esta lista al genio de Carlos Sandoval, nuestro gran crítico de la literatura venezolana, nuestro registro, nuestra lúcida enciclopedia andante y gran amigo.

A este entusiasmo por lo que podríamos llamar una combinación de temas nacionales, históricos y alegóricos en la narrativa habría que

agregar un ánimo similar en el género del cuento, que no viene al caso por ahora. Y también habría que mencionar, como parte del mismo espíritu de la época, dos revistas de difusión de la historia venezolana, que aparecieron al calor de los debates políticos recientes: *Memorias de Venezuela*, patrocinada por el Centro Nacional de Historia y *El desafío de la historia*, que patrocina el grupo Editorial Macpecri. Estas revistas nos muestran dos formas opuestas de ver la historia venezolana: una desde el Estado y otra desde el sector privado. Se trata, por supuesto, de otro capítulo más del dilema nacional actual. En todo caso, lo que resulta curioso es que la historia venezolana se haya vuelto un tema de revistas de difusión, con grandes vallas publicitarias que anuncian la salida a la calle de los nuevos números. Es como si la historia venezolana se hubiera puesto de moda. Cosa que de entrada resulta, por lo menos, estrambótica.

Todo esto me hace suponer que ese coctel que incluye política nacional, historia, memoria y alegoría es un asunto dominante en nuestro tiempo, un asunto que se ha vuelto hegemónico entre nosotros, un asunto que se ha normalizado, se ha naturalizado, se ha vuelto tan avasallante que ya ni lo notamos, porque es parte del paisaje, para decirlo de alguna manera, no solamente de la literatura. Se ha vuelto el estándar, lo común, lo esperado, lo que se supone, el paradigma, en un país que ha traído de regreso y con mucha fuerza el nacionalismo, después de que el péndulo de los intereses estuviera del lado del asunto global durante algún tiempo, no solamente aquí sino también en otros lugares de la región. En nuestro caso, el punto extremo de oscilación en el sentido inverso bien podría ubicarse en 1989, cuando el Estado venezolano asume un paquete de medidas económicas neoliberales que se conoció como el gran viraje. La muerte de Yulimar Reyes es un saldo de ese plan.

Hoy en día, completamente del otro lado, el discurso nacionalista también ocupa un lugar predominante en la economía, pero ese es otro tema. En todo caso, lo que quiero proponer es que al lado del entusiasmo generalizado hoy en día por la alegoría nacional, que ocupa lugares importantes de la discusión académica, ahí mismo, en un punto ciego, en ese lugar que está muy cerca pero que no se nota así nomás, tenemos algunos casos anormales, extraños, poco

comunes, inesperados, que no se suponen, que se salen de esa gran avenida de la alegoría nacional o la literatura histórica nacionalista, que al fin y al cabo tienen en común la preocupación, la obsesión, sobre el presente nacional. Me refiero a los textos de Alberto Barrera Tyszka, Oscar Marcano, Lucas García, Rodrigo Blanco, Roberto Martínez Bachrich, Gabriel Payares, Carlos Ávila, Salvador Fleján, Liliana Lara. Y seguramente otros. Textos que no comparten el gesto grandilocuente, luminoso, venteadado, de fuego, heroico y triunfante, para decirlo parafraseando a Igor Barreto, de la alegoría nacional. Textos que se ponen del otro lado, de un lado inquietante, perturbador, duro, político, corporal.

En lo que viene, especularé sobre el tema. Propondré que un rasgo paranoico es el que le da sentido a esta literatura de la alegoría nacional en estos tiempos que corren. Tanto en su propia escritura como en su lectura, es decir: en la literatura y en la crítica. Ese rasgo paranoico tendría que ver con un deseo de entender el país, una profunda necesidad, una urgencia, una demanda. Una alarma gobierna esa literatura: las ganas de explicarnos a nosotros mismos cómo es que llegamos a este punto, cómo es que el país llegó a ser lo que es ahora, en este preciso momento, desde la extrañeza, desde el asombro, desde la repulsión. Todo esto animado por un deseo de encontrar razones, justificaciones, discursos, causas, orígenes, fundamentos, bases. Con un profundo y arraigado deseo de construir sentidos, en fin, en medio del devenir azaroso y duro del presente. Ese rasgo paranoico es lo que quiero asociar con la normalidad, como una costumbre larga que nos viene de atrás, que no es ninguna novedad. Y que no somos muy originales en este sentido, por cierto.

Es verdad que la crítica, desde cierto punto de vista, es siempre un tanto paranoica. Para ponerlo como me lo dijo una vez nuestra querida, nuestra protectora y madrina, Eleonora Cróquer con particular firmeza: toda la teoría crítica es paranoica. Ese deseo de encontrar sentidos puede fácilmente sobreponerse a todo lo demás, forzando sistemáticamente las palabras, torturándolas, haciéndolas sangrar y sudar, para hacer que digan lo que uno quiere que digan, que delaten, que sapeen, que persigan, que confiesen una culpa que no es suya. Pero pasemos esto último por alto. Porque quisiera

que el énfasis de lo que digo estuviera ligado al caso concreto de la literatura venezolana reciente, particularmente la narrativa, y, más concretamente, la novela.

Quisiera proponer que estamos buscando en el lugar equivocado, en la literatura, cosas que se han perdido en otra parte, en el fragor de la lucha política, en lo real, en el fracaso de los modelos económicos que hemos ensayado, incluyendo el actual; en el fracaso de los proyectos modernos de desarrollo y también de las respuestas a esos fracasos; en el fracaso de proyecto democrático, incapaz de resolver ni siquiera a medias las contradicciones de clase. Creo que en el deseo de encontrar respuestas políticas en la literatura se reaviva la noción de literatura y de intelectual como vanguardia de la sociedad, cosa que algunos pensábamos superada después de, digamos, el surgimiento y predominio de la tecnocracia, durante tantos años. Algo bueno tenía que tener. Pero resulta que no. Ni eso. En fin, la literatura como alegoría nacional hace precisamente eso: buscar en el lugar equivocado, por lo menos en este momento, por lo menos esta vez, en esta circunstancia.

Esta perspectiva que propongo, esto de andar buscando algo en el lugar equivocado, me viene de un viejo chiste: un borracho está buscando algo en el piso, en la calle, de noche, bajo la luz de un farol. Llega otro borracho y le pregunta qué se le perdió. El primer borracho dice que la llave de su casa. El segundo borracho le dice que por dónde se le perdió, que él lo ayuda a buscarla, y el primer borracho dice que por allá, señalando hacia algún lugar lejano. El segundo borracho, extrañado, le pregunta que por qué está buscando aquí lo que se le perdió allá, a lo que el primer borracho responde que está buscando bajo el farol porque con luz es más fácil buscar algo. Algo así sucede con la literatura venezolana contemporánea: estamos buscando en ella algo que se perdió en otra parte, porque es más fácil buscar bajo el farol. Porque la tradición de lectura crítica supone que en la literatura se encuentran las respuestas a las más graves preguntas de la política, y, seguramente, ha sido cierta esa sospecha en muchos casos. Pero no en todos, y menos recientemente.

El intento de encontrar sentido donde no lo hay, donde lo que probablemente suceda no sea otra cosa que juego, placer y dolor,

el libre flujo que atenta contra el sentido y que de seguro también apunta hacia un discurso político que desarma, que destituye las formas normales de articulación del poder, es lo que quiero destacar en este caso. Pienso que esto ocurre con particular interés y lucidez en la narrativa de Alberto Barrera Tyszka, sobre todo en *La enfermedad* (2006) y en el volumen de cuentos *Crímenes* (2009), en relación con la imagen del cuerpo, que no se constituye como metáfora de la nación. En el caso del volumen de cuentos, es notable que la trama gire en torno a situaciones corporales: mutilaciones, mordiscos, gotas de sangre, cuerpos presos, desnudos, abaleados, atropellados. Y ya veremos cómo es la cosa con *La enfermedad*, un poquito más adelante.

La tesis de Fredric Jameson sobre la alegoría nacional es tan dura como simple y buena: “Todos los textos del tercer mundo son, necesariamente, alegóricos, y de una manera muy específica: ellos deben ser leídos como lo que yo llamaría alegorías nacionales” (1986: 73). Uno puede sentirse incómodo con una propuesta como esta. Uno puede negarla. Probar que es falsa con una larga lista de textos del tercer mundo que no consisten en alegorías nacionales, o que para convertirlos en alegoría nacional hay que tirarlos de los cabellos con particular furia, como por ejemplo, por decir algo, *Las formas del fuego* de José Antonio Ramos Sucre (1929). Cosa que, sin duda, igual se puede.

Lo que no luce prudente es pasar desapercibida una cosa así, no tomarla en cuenta. Hacerse el loco. Porque la relación entre nación y literatura es particularmente fuerte en el tercer mundo, en especial en el caso latinoamericano y venezolano. Una prueba de esto es *Nación y literatura: itinerarios de la palabra escrita en la cultura venezolana* (2006), compilado por Carlos Pacheco, Luis Barrera Linares y Beatriz González Stephan. En este impresionante volumen se revisa específicamente esa relación a lo largo de la historia. El libro *Foundational Fictions* (1991) de Doris Sommer también arranca de esta premisa, aunque la aterriza en las novelas latinoamericanas de finales del XIX y comienzos del XX. Para ella, “la alegoría, en las novelas latinoamericanas nacionales, entrelaza, de una forma que no es paralela, las relaciones entre la erótica y la política” (1991: 43;

traducción mía). El amor y la nación: una cosa se sostiene, argumenta Sommer, sobre la supuesta firmeza de la otra, y viceversa.

Es, quiero decir, un argumento conocido, casi trillado, común, normal. Por supuesto, y sin embargo, no todo el mundo lo suscribe. Aijaz Ahmad, por ejemplo, dice sobre el texto de Jameson que “existe una conexión muy cercana entre la teoría de los tres mundos, la sobrevaloración de la ideología nacionalista y el planteamiento de que la ‘alegoría nacional’ es la forma primaria e incluso exclusiva de la narratividad en el llamado tercer mundo” (1992: 102); traducción mía). Y lo dice con recelo, con la impresión de que Jameson deja de lado algunas variables importantes, incluida la de la lucha de clases, al privilegiar la tesis de la alegoría nacional por arriba de otras, al proponerla como centro y fundamento.

En todo caso, quisiera proponer que esa tesis, esa “sobrevaloración” (por llamarla de alguna manera) de la nación en la literatura del tercer mundo, es la que ha regido la lectura de la literatura latinoamericana en una proporción muy importante, hasta convertirse en la normal, dejando de lado, en el punto ciego, otras lecturas menos grandilocuentes. También quisiera decir que no creo que Jameson se haya equivocado en su diagnóstico. Lo que creo es que lo que pudo haber sido cierto en 1986 ya no lo es, necesariamente, en la última década.

Es tan importante y tan firme esta forma de lectura, esta interpretación, que un escritor y crítico tan importante como Miguel Gomes intentó interpretar *La enfermedad* de Alberto Barrera Tyszka como alegoría nacional, siguiendo el impulso de esa normalidad. En una reseña sobre *La enfermedad* (2006), publicada en *Letras libres*, Miguel Gomes dice que el mayor logro de esta novela es que “suscita una lectura dispuesta a dar con un código ‘otro’ —el referente de los acontecimientos novelados no se reduce a una anécdota factible o, sin más, realista, sino a otra narración, menos obvia”. Un poco más adelante, Gomes agrega que esa otra narración apunta hacia una práctica alegórica como “posibilidad de lectura (y la alegoría no es otra cosa que una ‘metáfora global’)”. Por esto, Gomes plantea que “no cuesta homologar entonces el plano individual con el político: tal como para el padre del protagonista los diagnósticos son poco

esperanzadores, la patria podría estar enferma de gravedad” (2007). *La enfermedad* tiene como anécdota central la relación entre un padre enfermo de cáncer, Javier Miranda, y su hijo médico, Andrés. Como dice Gomes, no es difícil ver una serie de imágenes que pueden llevar a una lectura alegórica, en la que lo personal apunta a lo político-nacional; una lectura que se podría resumir, por razones de tiempo, en que el padre enfermo es alegoría de una nación enferma, que lucha por salvarse, que pide medidas extremas, que le urge un tratamiento médico radical. Andrés, el hijo, debe acompañar la muerte de su padre y no sabe cómo hacerlo. Por supuesto, lo que Gomes propone es mucho más ambicioso y sugerente. El interés en esta novela dependería de esta variable alegórica que propone una lectura social de una historia personal, para decirlo rápido.

En las I Jornadas Internacionales de Literatura Venezolana Contemporánea que mencioné antes, Gomes tomó distancia de su propio planteamiento. Sin embargo, creo que su primer acercamiento muestra esa tendencia, ese ímpetu, esa inercia por la alegoría nacional que quiero proponer como paranoica y a la vez como normal. Tanto *La enfermedad* como *Crímenes* pueden leerse, quisiera decir, como textos que se alejan deliberadamente de la alegoría nacional y de cualquier gesto metafórico para instalarse en un lugar que supone el cuerpo como espacio de la lucha de los poderes políticos, que lo marca, que encarna el poder y el placer, mucho más allá o más acá de los límites de la nación. No es el cuerpo de la nación el que muere, el que sufre, el que es mutilado. No es la patria ni el país. Es el cuerpo de la gente el que nos interpela en estos textos de Barrera Tyszka. Un cuerpo que no es el del ciudadano ni siquiera.

Dicen Deleuze y Guattari sobre lo que ellos llaman el significado real de las máquinas paranoicas lo siguiente:

[L]as máquinas del deseo tratan de meterse en el cuerpo sin órganos, y el cuerpo sin órganos las repele puesto que las experimenta como aparatos persecutorios. Pero en y de sí misma la máquina paranoica es meramente un avatar de la máquina del deseo: es el resultado de la relación entre las máquinas del deseo y el cuerpo sin órganos, y ocurre cuando este último ya no puede tolerar esas máquinas (1983: 9; traducción mía).

Me gustaría proponer que la narrativa de Alberto Barrera Tyszka, que tiene el cuerpo como centro de su agenda, el cuerpo en tanto cuerpo y no como metáfora, viene a ser una especie de máquina del deseo que trata de meterse en el cuerpo sin órganos de la narrativa venezolana, o de algunas lecturas críticas de ella, que se empeñan en verla como alegoría nacional, que se empeñan en pensar que la literatura es todavía hoy en día un fenómeno ligado a las naciones, vivo, contundente, duro, cuando de pronto no es mucho más que un animal en extinción que hay que cuidar, administrar y proteger en reservas naturales. Y esta, la literatura nacional venezolana, la repele. Si en la alegoría nacional lo que es, no es, sino otra cosa que no está, quisiera proponer que en la narrativa de Barrera lo que es, es.

Y esta identidad es, en sí, un problema, una anormalidad en medio del entusiasmo nacionalista actual y normal y también normativo. Tanto, que la narrativa de Barrera Tyszka puede pasar desapercibida o puede convocar, como de hecho sucede, el linchamiento, el rechazo total. Decía Pier Paolo Pasolini que:

Mientras el diferente viva su diferencia encerrado en el gueto mental que le habían asignado, todo va bien y todos se congratulan de la tolerancia que le conceden. Pero tan pronto como dice una palabra sobre su propia experiencia de diferente (...) se desencadena el linchamiento, como en las épocas clerical-fascistas más tenebrosas. La mofa más vulgar, el gesto más obscuro y la más feroz de las incomprensiones le hunden en la humillación y la vergüenza (1997: 27).

Creo que algo así está pasando con algunos escritores venezolano actuales, y, de hecho, con muchas otras personas que mantienen una distancia o que más bien se oponen al discurso nacionalista de la normalidad. Son objetos de mofa y de gestos obscenos.

## **Referencias**

- Ahmad, Aijaz (1992 ). *In Theory. Classes, Nations, Literatures*. London: Verso.
- Barrera Tyszka, Alberto (2006). *La enfermedad*. Barcelona: Anagrama.
- \_\_\_\_\_ (2009). *Crímenes*. Barcelona: Anagrama.

Deleuze, Gilles and Félix Guattari (1983) *Anti-Edipus. Capitalism and Schizophrenia*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Duno, Luis (2009-2010). "Narrativas somáticas y cambio social: notas para el cuadro venezolano", *Estudios* (Caracas) (33-34), pp. 403-437.

Gomes, Miguel "La enfermedad, de Alberto Barrera" *Letras Libres* (México) (febrero): 1-2, (2007) consultado el 28 de febrero de 2011. [www.letraslibres.com](http://www.letraslibres.com)

Jameson, Fredrick (1986). "Third World Literature in the Era of Multinational Capital". *Social Text*, Fall 1986, pp. 65-88.

Pacheco, Carlos, Luis Barrera Linares y Beatriz González Stephan (2006). *Nación y Literatura: itinerarios de la palabra escrita en la cultura venezolana*. Caracas: Equinoccio.

Pasolini, Pier Polo (1997). *Cartas Luteranas*. Madrid: Trotta

Sommer, Doris (1991). *Foundational Fictions. The National Romances of Latin America*. Berkeley: University of California Press.